

MAXI
TUSQUETS
EDITORES



REINALDO ARENAS

El mundo
alucinante

REINALDO ARENAS
EL MUNDO ALUCINANTE
Una novela de aventuras

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

Fray Servando, víctima infatigable	17
Querido Servando	23

México

Capítulo I. De cómo transcurre mi infancia en Monterrey, junto con otras cosas que también transcurren	27
Capítulo I. De tu infancia en Monterrey, junto con otras cosas que también ocurren	31
Capítulo I. De cómo pasó su infancia en Monterrey, junto con otras cosas que también pasaron	34
Capítulo II. De mi salida de Monterrey	36
Capítulo II. De la salida de Monterrey	38
Capítulo II. De tu salida de Monterrey	40
Capítulo III. Del panorama de la ciudad	42
Capítulo IV. De la visita del arzobispo.	49
Capítulo V. Del conocimiento de Borunda	54
Capítulo VI. Del sermón	60
Capítulo VII. De las consecuencias del sermón	63
Capítulo VII. De la consecuencia del sermón	64
Capítulo VII. De la consecuencia del sermón	66
Capítulo VIII. De tu prisión en el castillo de San Juan de Ulúa	68
Capítulo IX. Del viaje del fraile	73

España

Capítulo X. De tu prisión en Cádiz con los caldeos de Las Caldas	85
Capítulo XI. Caída y huida del fraile	97
Capítulo XII. De mi llegada y salida de Valladolid	103
Capítulo XIII. De lo que es la villa de Madrid	109
Capítulo XIV. De la visita del fraile a los jardines del rey	116
Capítulo XV. De la visita a la bruja	131
Capítulo XVI. De mi llegada y no llegada a Pamplona. De lo que allí me sucedió sin haberme sucedido.	138
Capítulo XVII. Peripecias de viaje y entrada en Bayona.	144

Francia

Capítulo XVIII. De lo que me sucedió en Bayona al entrar en una sinagoga. Y de toda mi vida en esa ciudad hasta mi huida para salvarme	153
Capítulo XIX. De mi entrada en París	162
Capítulo XX. Del diario del fraile.	169
Capítulo XXI. De las contradicciones del fraile	176

Italia

Capítulo XXII. De las negaciones del fraile	181
---	-----

España

Capítulo XXIII. De mi vuelta a Madrid y de lo que allí me sucedió hasta la llegada de Toribios.	185
Capítulo XXIV. De la prisión de Los Toribios. El encadenamiento del fraile	194
Capítulo XXV. De mi salida hacia Portugal	201

Portugal

Capítulo XXVI. De lo que es Portugal	205
--	-----

Inglaterra

Capítulo XXVII. De las nuevas amistades del fraile y su escapada para América	209
Capítulo XXVII. De las nuevas amistades del fraile y su escapada para América	216

Estados Unidos

Capítulo XXVIII. Las nuevas peripecias. Primera expedición	225
---	-----

México

Capítulo XXIX. De la Invasión.	235
--	-----

La Habana

Capítulo XXX. De mi huida de La Habana	245
--	-----

Estados Unidos

Capítulo XXXI. Nuevas, pero viejas peregrinaciones	251
--	-----

México

Capítulo XXXII. El coloquio del fraile	255
Capítulo XXXIII. El comienzo	259
Capítulo XXXIV. En la estación de la calma	264
Capítulo XXXV. El fraile se ha mirado las manos	290
Últimas noticias de fray Servando	295

Muchos años hacía que fray Servando se encontraba huyéndole a la Inquisición española por toda Europa acompañado por las humillaciones y vicisitudes que el destierro impone, cuando, un atardecer, en el jardín botánico de Italia, se encuentra con el objeto de su absoluto desconsuelo: un ágave mexicano (o planta del maguey), enjaulado en un pequeño cubículo, con una suerte de cartel identificador.

Por largo tiempo había tenido que trotar el fraile para, finalmente, arribar al sitio que lo identifica y refleja: la mínima planta, arrancada y trasplantada a una tierra y a un cielo extraños. El ciclo casi mítico del hombre americano, víctima incesante de todos los tiempos, componedor de lo imposible, pasa también por ese breve y fulminante encuentro entre alma y paisaje, entre soledad e imagen perdida, entre el sentimiento desgarrado de inseguridad y ausencia y el de la evocación que irrumpe, cubriendo, imantando, idealizando lo que cuando fue (cuando lo tuvimos) no fue más que un lugar común al que la imposibilidad de volver prestigia.

Aunque aún no se habían conocido personalmente (la Historia no «certifica» si se llegaron a conocer) fray Servando Teresa de Mier y José María Heredia, debieron experimentar, en un tiempo similar, la misma sensación, la misma desolación, aunque en distintos escenarios. A Heredia, como romántico ortodoxo, la fatalidad lo conduce a las cataratas del Niágara, donde, más que la grandiosidad del paisaje, lo que lo llega a estremecer es el recuerdo de un palmar ausente. En fray Servando, hombre

de mil dimensiones, cándido, pícaro, aventurero, exaltado, ese desgarramiento por lo imposible (su patria) ocurre en el centro mismo de una de las más populosas ciudades europeas, entre el torbellino de anónimos rostros y el estruendo de innumerables ideas, generalmente contradictorias... El regreso, es decir, la recuperación del palmar o el ágave, será para ambos arduo e incierto, y finalmente (fatalmente) posible.

No tendría sentido narrar aquí, en esta suerte de introducción a una novela que escribí hace años y que ya casi no recuerdo, las peripecias de fray Servando y de Heredia, ni el porqué de las mismas. Pienso, sin embargo, en ese instante, que la historia «oficial», como la mayoría de los instantes importantes, no registra, en que el poeta y el aventurero, ya en México, se encuentran luego de las mil y una infamias padecidas y ante el vasto panorama de las que les quedan por padecer... Ambos han visto de nuevo los paisajes amados, y, realmente, ¿qué han visto?, ¿qué pueden decirse? El hombre que recorrió a pie toda Europa, realizando aventuras inverosímiles, el que padeció todas las persecuciones, víctima infatigable, en varias ocasiones a punto de perecer en la hoguera, huésped consuetudinario de las prisiones más temidas de América y de Europa (San Juan de Ulúa, La Cabaña, Los Toribios, etcétera), el patriota y político rebelde, el luchador, no es, ahora precisamente, quien puede encauzar el ritmo de la historia de su país, ni siquiera el de su provincia, ni siquiera el suyo propio. En cuanto a Heredia, catalogado por sus contemporáneos como «ángel caído» por el hecho de haber ido a Cuba, a su paisaje, con un salvoconducto expedido por el general Tacón, tampoco es, evidentemente, un ejemplo de estabilidad y satisfacción moral y espiritual. El hecho de que ambos hombres convivan en un mismo sitio (el palacio presidencial), que la historia los haya hecho converger en un mismo lugar en situaciones similares, y que a la vez no recoja este acontecimiento, no deja de ser una de sus conocidas y atroces ironías. Por eso, si nos sometiéramos, como historiadores, al dato estricto, ambas figuras, tan importantes para nuestro continente, ahora mismo tendrían que retirarse mudas, y perderse, definitivamente, y sin

mayores trámites, por los extremos opuestos del edificio o por los desconocidos recovecos del tiempo.

Por eso siempre he desconfiado de lo «histórico», de ese dato «minucioso y preciso». Porque, ¿qué cosa es en fin la Historia? ¿Una fila de cartapacios ordenados más o menos cronológicamente? ¿Recoge acaso la Historia el instante crucial en que fray Servando se encuentra con el ágave mexicano o el sentimiento de Heredia al no ver ante el desconsolado horizonte de su alma el palmar amado? Los impulsos, los motivos, las secretas percepciones que instan (hacen) a un hombre no aparecen, no pueden aparecer recogidos por la Historia, así como, aun bajo el quirófano, no se captará jamás el sentimiento de dolor del hombre adolorido.

La Historia recoge la fecha de una batalla, los muertos que ilustraron la misma, es decir, lo evidente. Estos temibles mamotretos resumen (y es bastante) lo fugaz. El efecto, no la causa. Por eso, más que en la Historia busco en el tiempo. En ese tiempo incesante y diverso, el hombre es su metáfora. Porque el hombre es, en fin, la metáfora de la Historia, su víctima, aun cuando, aparentemente intente modificarla y, según algunos, lo haga. En general, los historiadores ven el tiempo como algo lineal en su infinitud. ¿Con qué pruebas se cuenta para demostrar que es así? ¿Con el elemental razonamiento de que mil quinientos es anterior a mil setecientos, o que la guerra de Troya fue anterior al degollamiento de María Antonieta? Como si al tiempo le interesasen para algo tales signos, como si el tiempo conociese de cronologías, de progresos, como si el tiempo pudiese avanzar... Ante la ingenuidad del hombre al intentar escalonar el tiempo; fichándolo con una intención progresiva y hasta «progresista», se opone, sencillamente, el tiempo. ¿Cómo, pues, fichar el infinito? Pero el hombre no se resigna a este pavor, de ahí esa incesante irrupción de códigos, fechas, calendas, etcétera. Sus progresos... Lo que nos sorprende cuando encontramos en el tiempo, en cualquier tiempo, a un personaje auténtico, desgarrador, es precisamente su intemporalidad, es decir, su actualidad; su condición de infinito. Porque infinito —y no histórico— es Aquiles

por su cólera y su amor, independientemente de que haya o no existido; como infinito será Cristo por su impracticable filosofía, regístrelo o no la Historia. Esas metáforas, esas imágenes, pertenecen a la eternidad.

Creo que lo infinito no es lo lineal ni lo evidente, pues ver la realidad como un desfile o una fotografía es ver, en verdad, algo muy lejos de la realidad. Por eso, el llamado realismo me parece que es precisamente lo contrario de la realidad. Ya que al tratar de someter dicha realidad, de encasillarla, de verla desde un solo punto («el realista») deja lógicamente de percibirse la realidad completa.

Pero últimamente no sólo tenemos (padecemos) realismo sino que contamos hasta con realismo socialista, de modo que la realidad ya no sólo es vista desde un ángulo, sino desde un ángulo político. ¿Qué realidad será ésa, señor, que en esa posición y desde ese ángulo tendrán que resignarse a ver (y a hacer) las víctimas de tal realismo?... En verdad, si de alguna obra realista socialista podemos hablar es de las novelas de Alexandr Solzhenitsyn. Ellas al menos reflejan parte de una realidad socialista, la más evidente y superficial: campos de concentración.

No me cansaré de descubrir que el árbol de las seis de la mañana no es este de las doce del día, ni aquél, cuyo halo nos consuela al anochecer. Y ese aire que en la noche avanza, ¿puede ser el mismo de la mañana? Y esas aguas marinas que el nadador del atardecer surca cortándolas como un pastel, ¿son acaso las de las doce del día? Influyendo, de manera tan evidente, el tiempo en un árbol o en un paisaje, ¿permanecemos nosotros, las criaturas más sensibles, inmunes a tales señales? Creo todo lo contrario: somos crueles y tiernos, egoístas y generosos, apasionados y meditativos, lacónicos y estruendosos, terribles y sublimes, como el mar... Por eso, quizá, he intentado en lo poco que he hecho, y de lo hecho, en lo poco que me pertenece, reflejar, no una realidad, sino todas las realidades, o al menos algunas.

Quien, por truculencias del azar, lea alguno de mis libros, no encontrará en ellos una contradicción, sino varias; no un tono, sino muchos; no una línea, sino varios círculos. Por eso no creo

que mis novelas puedan leerse como una historia de acontecimientos concatenados sino como un oleaje que se expande, vuelve, se ensancha, regresa, más tenue, más enardecido, incesante, en medio de situaciones tan extremas que de tan intolerables resultan a veces liberadoras.

Así creo que es la vida. No un dogma, no un código, no una historia, sino un misterio al que hay que atacar por distintos flancos. No con el fin de desentrañarlo (lo cual sería horrible) sino con el fin de no darnos jamás por derrotados.

Y es en ese plano, en el de víctima inconsolable e incansable de la Historia, del tiempo, donde nuestro amado fray Servando logra su verdadera ubicación. Él justifica y ampara esta suerte de poema informe y desesperado, esta mentira torrencial y galopante, irreverente y grotesca, desolada y amorosa, esta (de alguna forma hay que llamarla) novela.

Reinaldo Arenas
Caracas, 13 de julio de 1980

Posdata: me informan que informes desinformados (y patéticos) informan que hay en esta novela —*El mundo alucinante*— escrita en 1965, Mención en el Concurso UNEAC, 1966, influencia de obras que se escribieron y publicaron después de ella, como *Cien años de soledad* (1967), y *De dónde son los contantes* (1967). Influencias similares también han sido señaladas en *Celestino antes del alba*, escrita en 1964, y Mención UNEAC, 1965. He aquí otra prueba irrefutable, al menos para los críticos y reseñeros literarios, de que el tiempo no existe.